«Little Jim»

Tony Jim

—Su misión, si es que la acepta, será...

—¡Ah!, ¿pero es que puedo no aceptarla? —pregunté yo.

—Usted mismo, tenga en cuenta, eso sí, que de no aceptarla se arriesga a un más que probable justificado despido —aclaró el Gul Goauld.

—Bueno, bueno, no se ponga así, que yo solo preguntaba.

—Pues déjeme proseguir.

—Adelante.

—Gracias. Como iba diciendo, su misión, *si es que la acepta* —dijo haciendo una especie de pausa dramática y prosiguió— será ir al planeta Earl IV, realizar un intercambio y traer hasta aquí el objeto intercambiado.

—A ver si lo he entendido bien, ¿tengo que ir a un planeta con nombre de señor americano 4, y allí cambiar una cosa por otra y esa cosa traerla aquí?

—Esa sería la idea.

—¿Y qué cosa tengo que traer?

—Pues la cosa que obtenga del fruto del intercambio.

—¿Por qué?

—Porque se lo ordenamos nosotros, bueno, yo personalmente, si lo prefiere.

—No, eso ya lo había entendido a la primera, quiero decir que por qué cosa tengo que intercambiar la otra cosa que me darán, el fruto ese que dice.

—Vaya, como usted lo dice, parece aquello de la parte contratante de la primera parte de la cosa de la cosa y realmente es mucho más sencillo.

—A ver, ya veo que lo que tengo que traer no me lo va a decir, pero ¿y lo otro? Lo que tengo que llevar para cambiar, vamos.

—Bueno, lo otro es dinero, exactamente unas barrillas de oro pensado latino, digo *prensado latino*, así que si prefiere llamarlo compra...

—Ah, haber empezado por ahí. Tengo que ir a la frutería de un planeta a comprar un fruto y traerlo.

—Más o menos, lo cual no deja de ser un intercambio: intercambia dinero por una cosa que nos interesa. No creo que sea tan difícil y más para usted que proviene de un planeta donde se practica el obsoleto y arcaico sistema capitalista.

—Eso sí, a ver pues «enséñame la pasta».

—No sé muy bien a qué se refiere, pero como no pienso perder más tiempo intentado que me lo aclare, le voy a dar el dinero, el oro prensado latino, y ya se podrá ir.

—Lo que yo decía.

Entonces, el señor Gul Goauld se levantó y volvió con un maletín y unas esposas, y no me refiero a unas señoras esposas, a unas señoras de esas que están casadas, digo.

—¿Pero qué hace? —le pregunté.

—A ver, voy a darle el maletín con las barrillas de oro.

—¿Y esas esposas? ¿Pero es que me piensa esposar a ese maletín?

—Vaya, cuando le interesa veo que las caza al vuelo.

—Ah, no. No pienso dejarme esposar, y menos a un maletín cargado de oro, qué se ha pensado usted. No ve que entonces, si me quieren quitar el maletín, me cortarán la mano, o el brazo, o la muñeca o alguna otra parte de mi querida anatomía (y no de Grey).

—A ver, si quieren quitarle el maletín con el oro, ¿no cree usted que les sería más fácil cortar esta fina cadenilla que une estos dos arillos que forman las esposillas (que cualquiera lo haría así para no oírle quejarse) o incluso pueden abrir el maletín sacar el oro y llevárselo? ¿Es que se piensa usted que se va a encontrar con alguien solo interesado en este simple maletín, alguien como algún ladrón-cleptómano coleccionista compulsivo de maletines?

—Hombre, visto así... Pero ¿entonces para qué leches son las esposillas esas?

—Es para su seguridad. Para que no pierda el maletín y nos tengamos que enfadar con usted y entonces sí, tenerle que torturar, cortándole alguna de sus queridas y amadas partes de su anatomía o cosas peores.

—Ah, si es por mi bien... Ya puede poner esas esposas tan ricamente.

—Tengo que comentarle otro detalle. Otro de los motivos por los que pensamos en usted para esta misión, aparte de su sencillez (la de usted y la de la misión), es que una vez en el planeta Earl IV tendrá que desplazarse en un artilugio terrestre llamado avión o aeroplano.

—Hombre, si es un avión no será muy terrestre.

—Bueno, sí, quiero decir que va por la atmósfera del planeta, aunque no pegado a la superficie terrestre, usted ya me entiende... Uno de esos chismes que debe conocer por sus orígenes geminianos, pues eran bastante utilizados en el planeta Tierra en los siglos XX y XXI, según calendario de allá, obviamente. Vamos, que algo de terrestres tendrán, entendiéndose terrestre como gentilicio, obviamente.

—Obviamente, obviamente.

—Pues eso, que tendrá que ir en avión desde el espacio-puerto del planeta hasta el punto de encuentro.

—Vaya, ¿y por qué no vamos directos al punto ese de encuentro? —pregunté yo.

—Es para despistar y, bueno, porque las autoridades del planeta exigen que así sea, que primero se pase por el espacio-puerto, supongo que para centralizar y llevar un cierto control.

—Será, será.

—En cualquier caso, no queremos enemistarnos con las autoridades de dicho planeta, así que le dejaremos en el espacio-puerto y de allá partirá en avión hasta el lugar del intercambio.

—Clarinete.

—¿*Ein*?

—No, quería decir *claro*, claro.

El viaje hasta el planeta Earl IV fue bastante bien, por no decir estupendo. Pero la cosa se complicó algo más con lo de subirse al artilugio ese terrestre llamado *avión*. Pues más que un avión era una avioneta bien chiquita. Y parece ser que en el planeta también existían las turbulencias aéreas.

Es difícil describir la sensación de volar en avión, sobre todo para una persona acostumbrada a viajar en nave estelar o simplemente ser teletransportada. Primero, no puedes dejar de pensar cómo un artilugio así, que parece tan obsoleto, es capaz de levantar el vuelo. Y claro, al ser tan obsoleto realmente, no puedes evitar la sensación física del despegue y posterior vuelo. Una sensación que para nada se nota en una nave estelar. De entrada, habría que acordarse de cuando la nave levantó el vuelo de la superficie de un planeta, si es que alguna vez pisó un planeta, claro está. Supongo que los aviones no tienen potentes mecanismos gravitacionales ni compensadores de inercia y cosas de esas tan sofisticadas que tienen las naves estelares e incluso muchas lanzaderas, que evitan que uno sienta en algún momento que está volando por el espacio, a veces, a velocidades de vértigo. Pero como iba diciendo, parece que lo peor son las turbulencias una vez ya en vuelo. Unas turbulencias que zarandean el aparato a su antojo, teniendo uno la sensación de que eso se va a venir abajo en cualquier momento y no sabiendo muy bien dónde agarrarse, pues aunque te agarres fuertemente al reposabrazos del asiento, sabes que el asiento caerá igual con todo el resto del avión, incluido el reposabrazos. Yo, por suerte, tenía un valioso maletín al que agarrarme.

El caso es que, en mi planeta, al igual que en la Tierra de hace unos siglos, existen unos curiosos aparatos llamados atracciones que, a pesar de su nombre, puede ser que no te sientas muy atraído por ellos, como es mi caso. Son atracciones de feria, unos ingeniosos chismes que se supone que son para el disfrute del personal: te subes a ellos y te zarandean también. Te hacen sentir las llamadas *emociones fuertes* y parece ser que eso es bastante divertido a la par que emocionante. Pues señores, a mí nunca me han llamado mucho las atracciones. Y como en este caso del avioncillo de Earl IV, me producen bastante mareo y malestar general.

Por suerte, el viaje no duró demasiado, aunque a mí me pareciera bastante eterno. Me provocó un gran mareo, hasta el punto de usar unas bolsillas que suelen llevar los aviones, sobre todo en los vuelos

comerciales, me supongo, llamadas *bolsas de mareo* o algo así, que son eso, unas bolsas donde depositar los frutos del mareo intenso.

A ver si para la próxima vez, de cara a una posible nueva misión en lugares exóticos, recordaba comentarle al Gul la posibilidad de viajar en algo no tan arcaico o al menos en un sistema de transporte terrestre realmente o, en su defecto, fluvial o marino.

En cualquier caso, llegué a mi destino, aunque en unas no muy buenas condiciones, pero como se suele decir, lo importante es llegar o haber llegado.

Entonces cogí un taxi. Supongo que la mayoría de las personas de este siglo XXIV no sabrá qué es eso, qué es un taxi. Diré que este sí que es un vehículo terrestre (en la mayoría de las ocasiones así es) y dentro de él suele haber un señor (o señora o robot) que maneja dicho vehículo y que te lleva dentro de él, dentro del vehículo quiero decir, ¿eh?

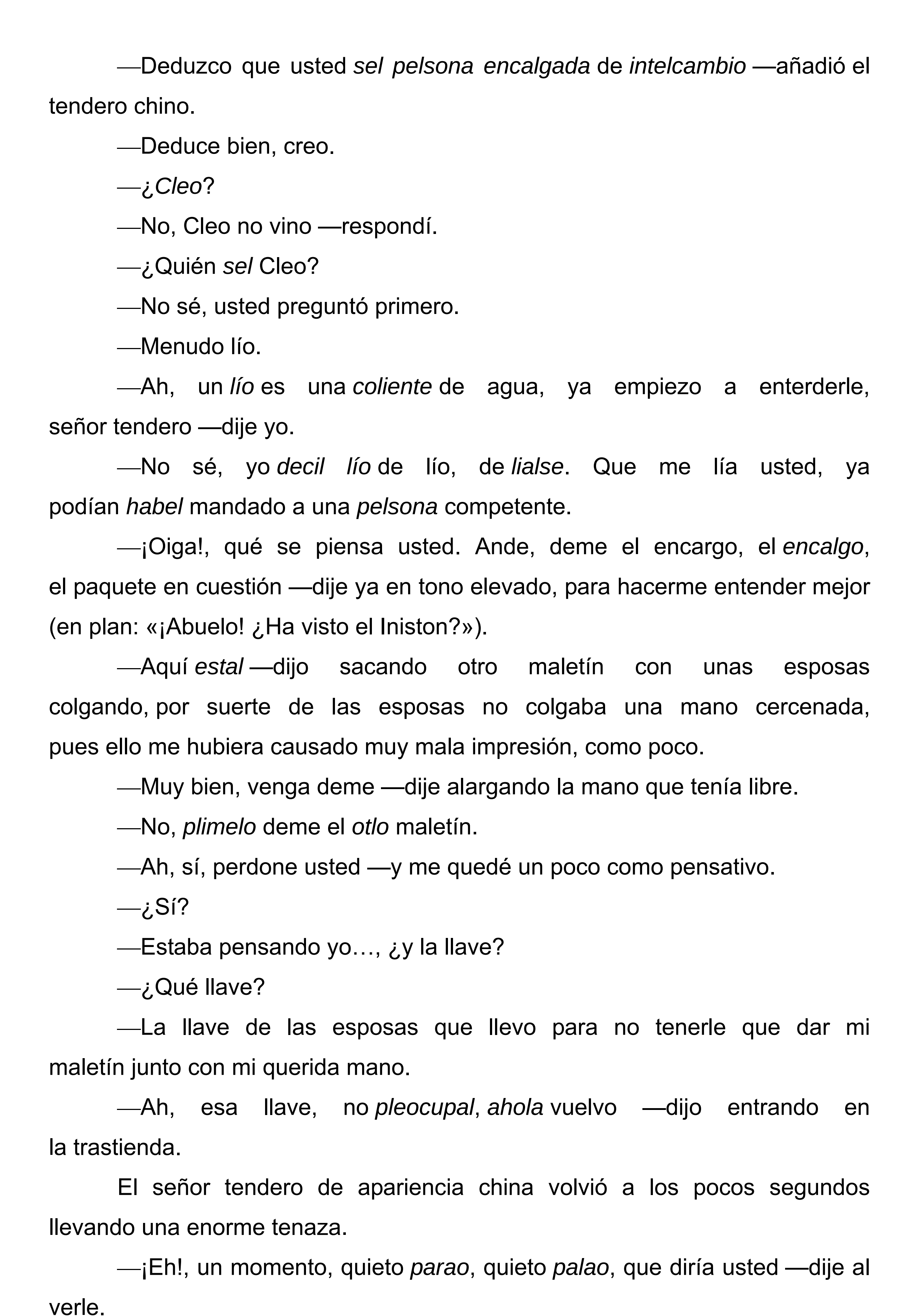
Y por fin, al cabo de unos cuantos minutos, llegué al punto de encuentro donde tendría lugar el intercambio. Dicho punto de encuentro era un local comercial, un local chino, bueno parecía asiático, de esos de la Tierra, pero no como las tiendas esas llamadas de 20 duros, que luego fueron llamadas de todo a 1 euro y luego chinos simplemente. Nada que ver con eso, a mí me recordó a la tienda del chino de *Gremlins*, lo cual no auguraba nada bueno... pero ídem (bueno).

Entré con decisión y vi que estaba un pelín oscurillo y estaba todo lleno de cachivaches, algunos de aspecto bastante antiguo. Vi al señor de la tienda, que también tenía cara de chino y era bastante mayor, mayor de edad, quiero decir, que alguien, bueno, algunas gentes se han planteado alguna vez si realmente existen chinos viejos, mayores de edad, vamos de una edad bastante avanzada, pues no lo sé, pero aquel señor bien lo parecía. Tenía cierto aire al Sr. Miyagi, pero en chino, claro, que el señor Miyagi era japonés.

Levanté mi esposada mano y señalé al maletín que colgaba de ella. El chino mayor pareció entender y se acercó a mí:

—Buen día.

—Buen día —respondí yo.



—Deduzco que usted *sel pelsona encalgada* de *intelcambio* —añadió el tendero chino.

—Deduce bien, creo.

—¿*Cleo*?

—No, Cleo no vino —respondí.

—¿Quién *sel* Cleo?

—No sé, usted preguntó primero.

—Menudo lío.

—Ah, un *lío* es una *coliente* de agua, ya empiezo a enterderle, señor tendero —dije yo.

—No sé, yo *decil lío* de lío, de *lialse*. Que me lía usted, ya podían *habel* mandado a una *pelsona* competente.

—¡Oiga!, qué se piensa usted. Ande, deme el encargo, el *encalgo*, el paquete en cuestión —dije ya en tono elevado, para hacerme entender mejor (en plan: «¡Abuelo! ¿Ha visto el Iniston?»).

—Aquí *estal* —dijo sacando otro maletín con unas esposas colgando, por suerte de las esposas no colgaba una mano cercenada, pues ello me hubiera causado muy mala impresión, como poco.

—Muy bien, venga deme —dije alargando la mano que tenía libre.

—No, *plimelo* deme el *otlo* maletín.

—Ah, sí, perdone usted —y me quedé un poco como pensativo.

—¿Sí?

—Estaba pensando yo…, ¿y la llave?

—¿Qué llave?

—La llave de las esposas que llevo para no tenerle que dar mi maletín junto con mi querida mano.

—Ah, esa llave, no *pleocupal*, *ahola* vuelvo —dijo entrando en la trastienda.

El señor tendero de apariencia china volvió a los pocos segundos llevando una enorme tenaza.

—¡Eh!, un momento, quieto *parao*, quieto *palao*, que diría usted —dije al verle.

—No *pleocupal*, no *pleocupal* —insistió el tendero.

—Cómo no me voy a *pleocupal*.

—*Tlanquilo*, yo solo *coltal* cadena —añadió el amable tendero.

—¡Ah, bueno!, siendo así —dije tendiéndole la mano.

Como bien dijo, solo hizo eso, cortar la cadenilla. Cogió el maletín que llevaba yo y me dio el suyo, el fruto del intercambio por fin en mis manos. Así, con la satisfacción del deber cumplido, me despedí del amable tendero de aspecto chino con un *sayonara*.

De vuelta al avión que debía llevarme de regreso al espacio-puerto estaba algo intranquilo, aunque en esta ocasión no era por las turbulencias, que no las hubo esta vez. No sé si ya lo comenté alguna vez con anterioridad, si alguna vez he hablado de mi enorme curiosidad. Y creo que ese era el motivo de mi intranquilidad, la curiosidad de saber qué había en ese maletín. No podía parar de mirar el maletín que tenía sobre mis rodillas, pensando en lo que había allí metido.

Finalmente me rendí a mi curiosidad malsana. Me levanté decidido, busqué un lugar con algo más de intimidad donde poder abrir el dichoso maletín. Me decidí finalmente por los lavabos del avión. Unos estrechos y pequeños lavabos, como una especie de armario ropero con algo de agua corriente. Por suerte, o por desgracia, el maletín no parecía estar cerrado con llave, así que simplemente lo abrí levantando un pequeño seguro metálico. Lo que vi no me quedó muy claro, claro, como me suele pasar. Dentro del maletín había un cilindro transparente bastante ancho. Dentro del cilindro había como una pequeña figura femenina. Era como una muñeca, de esas que usan ciertas niñas pequeñas para jugar. ¿Qué quería decir eso?, no lo tenía nada claro. Es que ¿acaso Gul Goauld se dedicaba a coleccionar muñecas?

Extraje con sumo cuidado el cilindro transparente y lo puse vertical sobre mis manos, acercando la cara para observar con más detenimiento el curioso contenido del cilindro. De repente, me llevé un pequeño sobresalto pues la muñequilla se movió. Ella se acercó a las paredes trasparentes del cilindro y empezó a golpearlas con sus puños gritando al mismo tiempo. Gritando, o eso

parecía, porque yo solo veía que movía los labios, no captaba ningún sonido, ya fuera por el grosor, las cualidades insonoras del cilindro o por la longitud de onda o agudeza de los gritos proferidos.

Siguiendo con mi curiosidad, abrí el cilindro girando la tapa del mismo, para ver si podía oír mejor lo que me gritaba esa pequeña mujer.

Lo ocurrido después fue muy rápido, fue como en las pelis en las que el genio sale de la lámpara maravillosa tras largos frotamientos de la misma. Hubo como una pequeña explosión, algo de humo blanco o neblina y ante mí apareció una señora hecha y derecha, a tamaño natural. Miré perplejo el cilindro, que ahora estaba totalmente vacío, así que deduje que esa mujer que tenía ante mí era la misma que habitaba dentro del cilindro (pero en versión reducida). No pude contenerme más y le pregunté:

—¿Puedo pedir mis tres deseos?

—¿De qué hablas? —respondió ella, la increíble mujer creciente.

—Pues eso, hablo de pedirte tres deseos, al menos uno o dos —dije yo.

—Te agradezco mucho tu ayuda al sacarme de ahí, pero no pienso cumplir ninguno de tus deseos...

—Pues vaya porquería de genio o genia —afirmé.

—No, si genio tengo mucho, pero no soy un genio —añadió ella.

—Pues vaya, qué decepción, pensé que eras algo más valioso.

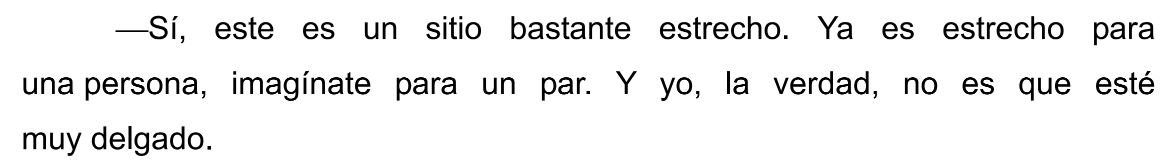
—Soy muy valiosa, qué te piensas. Pero vamos, al menos podrías mostrar más alegría al verme después de tanto tiempo.

—¿Es que acaso nos conocemos de antes? —pregunté algo extrañado.

—¡Oh no, pobrecillo!, qué lastimilla, debe ser tu amnesia selectiva.

—Debe ser, porque no me acuerdo de ti y, vamos, para no acordarse... nunca olvido unos pechos, digo, una cara, una cara, nunca olvido una cara.

—¿Cómo es posible que no me recuerdes? La verdad es que hace mucho que no nos vemos y reconozco que el contexto no es el ideal —dijo ella.



—Sí, este es un sitio bastante estrecho. Ya es estrecho para una persona, imagínate para un par. Y yo, la verdad, no es que esté muy delgado.

—¿Y de verdad que no te suena mi cara? —insistió ella.

—Ahora que la miro... No es que antes estuviera mirando otra cosa, quiero decir que ahora que la miro bien, algo sí que me suena, como algo lejano, un recuerdo agradable a la par que difuso en las nieblas del tiempo.

—Haz un esfuerzo de memoria.

—Alguno diría que el lavabo es un buen lugar para hacer un esfuerzo.

—Hay que ver lo ordinario que te has vuelto con los años.

—No sé, ¿antes no lo era?

—No que yo recuerde, al menos no tanto, supongo.

—¡Vaya!, otra con problemas de memoria.

—Por lo visto, no tantos como tú.

—Si tú lo dices.

—Claro que lo digo, ¿cómo es posible que no te acuerdes de mí?

—Mira, no sé, chica, entre la amnesia y el viajecillo este.

—Eso es, mírame bien y recuerda, recuerda que hemos hecho algún que otro viajecillo juntos, que hemos pasado mil aventuras juntos. No hace tanto, la verdad.

—Eso del viajecillo juntos suena bien, aunque me parece que hablamos de diferentes tipos de «viajes», porque si no sí que me acordaría.

—Parece mentira, después de todo lo que hemos pasado juntos, que ahora no te acuerdes de mí.

—¡Eh, un momento! Me ha venido como un flash, un recuerdo lejano... Me viene a la mente un nombre.

—¿Y bien?

—Sí, ya me acuerdo de ti, cómo podría yo olvidar a tan bella y misteriosa alienígena.

—Eso es, vas bien por ahí.

—Tú eres la... lo tengo en la punta de la lengua, mira.... ¡ya está! Claro, tú eres la chupi guay...

—Bueno, has estado cerca, soy Xeni-Guay.

—Eso, que no me salía del todo. Lo de chupi guay es de una amiga, de otra amiga, que por lo visto tampoco se había quedado con tu nombre.

—Bueno, reconozco que no es un nombre muy común.

—Sí, fuera de lo común, como la poseedora del nombre.

—En cualquier caso, la compañía es grata, pero se tiene que ir.

—¿Y eso?

—Pues mira, que tengo cosas que hacer, ya sabes que soy una persona muy ocupada.

—Ya veo ya... ¿Pero qué narices hacías dentro de un tarro de cristal?

—Pues ni idea, aunque obviamente no estaba por gusto. Hace unos días fui capturada por unos ferengis.

—Conozco la experiencia.

—Y me vendieron a un chino que parece que se dedica a vender de todo. Este no sé muy bien qué me hizo, que me redujo y me metió en el frasco ese.

—El típico rayo reductor.

—Algo de eso sería y supongo que lo hizo para ganar espacio y ser más manejable a la hora de transportarme.

—Ya podría ser.

—Lo que no sé es cómo acabé en tus manos.

—Yo simplemente soy un *mandao*. Solo me encargaba de tu transporte.

—¿Qué?, ¿que ahora trabajas para los chinos?

—No, más bien trabajo como un chino.

—¡Ah!, ¿y qué intenciones tenías?

—¿Yo?, nada, si no sabía que estabas enfrascada. Solo me limitaba a llevarte de un sitio a otro.

—Vaya, vaya.

Sonó entonces por megafonía un mensaje, que indicaba que todo el mundo volviera a sus asientos, «sobre todo el tipo que llevaba más de media hora en el lavabo», puesto que íbamos a tomar tierra (a *aterrizar* que lo llaman, que es cuando el avión baja hasta nivel de tierra y se para).

Una vez en tierra, me despedí de Xeni-Guay hasta la próxima, deseando que la próxima no hubiera pasado tanto tiempo. Volví el cilindro, esta vez vacío, a su posición inicial dentro del maletín y proseguí mi misión de regreso.

Pasaron unas cuantas horas más, esta vez sin más sobresaltos, hasta que llegué nuevamente ante el Gul Gould, al cual le entregué sin más dilación el maletín en cuestión, con estas palabras:

—Que sepa que el chino tampoco me dio las llaves de las esposas de este maletín, así que no me las he puesto.

—Bueno, no proteste tanto y déme el dichoso maletín.

El Gul abrió el maletín y se puso a observar el cilindro vacío. Exclamó al final:

—¡Vacío!

—Pues eso parece, lo que no sé a qué viene pagar tanto por un frasco, a no ser que sea un frasco especial, claro, que entonces me callo.

—No, al Imperio no le interesaba el frasco en sí, lo que queríamos era el contenido del mismo.

—Ya se sabe, comprando en un chino, uno se lleva este tipo de sorpresas.

—No, el chino es de fiar, es un gran vendedor y es capaz de encontrar cualquier cosa de la galaxia, por extraña que sea.

—Pues vaya, menos mal que era de fiar.

—Que sí, ya nos advirtió que esto podría pasar, dada la naturaleza del contenido del cilindro.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que había entonces en el frasco?, ¿qué leches le vendió el chino?

—No *qué*, si no *quién*. Se trata de una persona, que puede ser útil al Imperio Cardasiano, una persona con una rara habilidad. Es una extraña alienígena de una especie desconocida, que por lo visto tiene la habilidad de desaparecer de los sitios, como una especie de teletransporte innato, una cosa bien curiosa. Así que enseguida que supimos que existía una persona con ese don, encargamos al chino, como usted le llama, que consiguiera atraparla y luego nuestros científicos se encargarían de descubrir sus secretos.

Imagínese todo un ejército de seres capaces de teletransportarse a voluntad, sin ayuda de artilugios.

—¡Va!, ya será menos, no me lo acabo de creer. Eso son cuentos chinos.